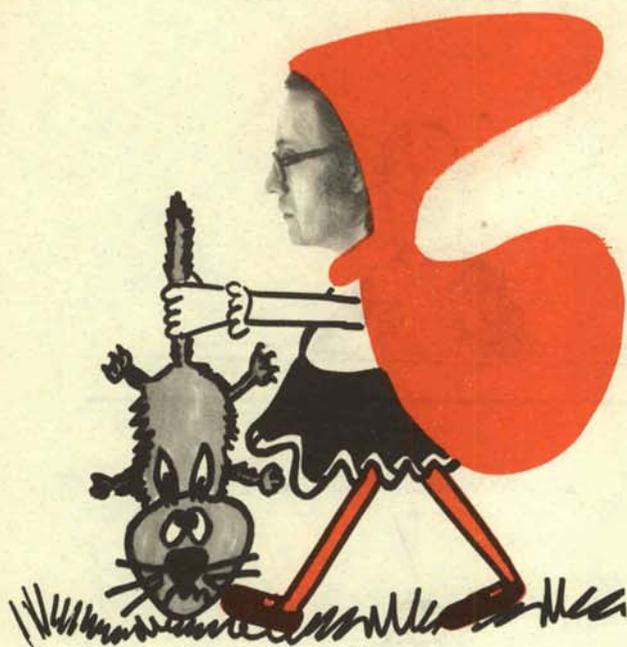


FRAGA Y AREILZA

TIGRES DEL MOTOR ESPAÑOL

La regañina de la abuelita

PUES que me estaba yo leyendo los papeles de la capital, que vienen ahora muy arriscados, cuando me echo a los ojos eso de que Fraga y Areilza son los tigres del tanque español, que lo dice un señorito del Neuyortain, y yo me dije, Jesús, Jesús, ya estamos otra vez con la civil, y espera que detrás del tanque no vengan los moros con jalifa y todo, y con su jaimebajame-lajaula, y los alemanes, y los italianos, a quien el Señor confundió en Guadalajara, que aquello fue una rota para los de las esencias. Y en esto que llega mi Caperuza de la Autónoma, que había ido a escuchar una conferencia del señor Umbral, que es un sabio, y me dice: «Pero, abuela, hija, que ese tanque no es de los de avanzar, que es el depósito.» Entonces yo le dije que no sabía que Fraga y Areilza estuviesen en la morge, que de qué habían fallecido, y ella me dijo: «Abuela, por Dios, es el depósito de eso, o sea, la gasolina, que había un anuncio en el que la gasolina era un tigre, y quieren decir que Fraga y Areilza tienen eso, que son unos tigres.» Entonces me sentí poseída por la elocuencia, o como se dice, la inspiración, y dije, digo: «¿Te refieres a la temible simetría del tigre? Pero, abuela, si hablas como el señor Umbral, ¿qué expresión tan fina?» Yo me quedé callada, porque había sido un rapto. Es que el del Neuyortain se pasó, que si esos son tigres lo serán de mixto, que no de bengala, que su aprendizaje fue dócil y sumiso, y quien tuvo retuvo, que una cosa es rugir y otra decir miau, qué cosas, don Indalecio Prieto, qué cosas. El rojo se desternillaba en el armario y decía: «Tigrecitos a mí», y yo le dije: «Rojo, chitón, que tigres o no tigres pueden acabar contigo, que no respetáis ni a los mandatarios de la nación, que ellos son evolucionistas y nadie sabe hasta dónde pueden llegar por la espiral evolutiva.» Ya lo dicen ellos, hay que tener paciencia. Más todavía. ■ L.



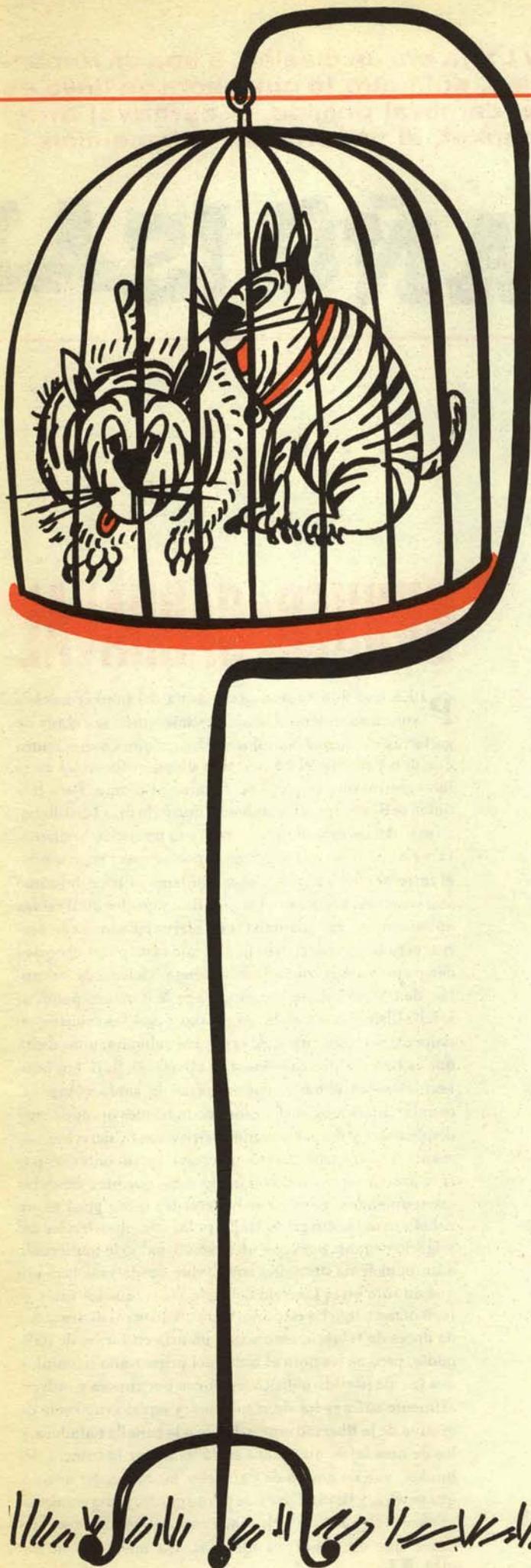
La protesta de Caperucita

RESULTA que lo que viene ahora por el bosque, hay que fornicarse, ya no son lobos, que son tigres, o sea, lobos de Bengala, como si dijéramos, en plan Emilio Salgari, que ha dicho un señor del «New York Times», que estos dos ministros son «los tigres del motor español».

Por aquí, por el bosque, andaba un slogan que decía, en los anuncios mayormente: «Ponga un tigre en su depósito.» Y el tigre era de gasolina, claro. Bueno, pues el estilista del «New York Times» ha hecho la frase y dice que Fraga y Areilza son los dos tigres del motor español, y ellos que se lo han creído —a ver si te llaman una cosa en el «New York Times», cómo no te la vas a creer, con la tirada que tiene y en inglés—, y como se lo han creído, pues ahora en lugar de venir de lobos o de corderos, que es de lo que venían antes al bosque, o de caería con Arias, o con Franco más antiguamente, pues ahora, como te digo, se vienen de tigres de la Malasia, que se tienen al Salgari muy leído y rugen en varios idiomas, que dice que están con la segunda campaña de credibilidad democrática en Europa, que la primera se quedó un poco

arrugada, o sea, como un tampax.

Estos lobos de Bengala a mí me dan mucho miedo, hasta que me he fijado bien y he visto que eran Fraga y Areilza, tal cuales, pero de etiqueta, que han estado cenando con Lara para premiar a dos rojos que han escrito cosas contra don Juan March y a favor de Negrín. Lo cual que el rojo, desde dentro del armario, ya está pidiendo a gritos esos best-sellers, que dice que los parchises que él se tiene jugados con don Juan Negrín en La Granja del Henar, y que de March se sabe él un libro también en plan Salgari, como de piratas, o sea, que tenemos la semana bucanera con tanto tigre, tanto pirata, tanto rojo y tanta coña. En qué estaría pensando el columnista del «New York Times» (que allí les dicen columnistas a los que aquí les dicen perros de la prensa), en qué estaría pensando, digo, el buen señor, para llamarles tigres a estos dos benditos, que lo que son es unos benditos, que cuando no les riñen las Cortes les riñe el bunker, o les riñe el presidente, que siempre les está riñendo alguien. Tigres, dice. Tigres. Es que se me parte la braga de la risa. ■ U.



La perdigonada del cazador

A HORA ya está claro. En vez de la democracia, los señores Fraga y Areilza nos han traído la bla-blacracia. Confieso que también yo he pasado, como muchos ciudadanos, por el estado transitorio de imbecilidad de creermos que esta pareja de próceres podrían remediar un poco los males del país, aunque sólo fuera por vía del emplasto o la sanguijuela. Ahora ya está claro que ni eso. Pero no hay que avergonzarse de haber caído, por un momento, en la trampa de las palabras. Eso les ha pasado también a gente muy lista y principal, de modo que uno, que es un buenazo, a pesar de llevar escopeta, pues ya me contarán ustedes. Al principio parecía que Fraga y Areilza se iban a comer el mundo; se lanzaron como dos tigres de Bengala, como dos pumas de altiplano, como dos leones de la Metro Goldwin Mayer sobre las desprevenidas linotipias haciendo declaraciones, rugiendo un nuevo vocabulario anterior a la guerra con tal ímpetu que uno podía creer que iban a saltar la alambrada. En efecto, Fraga y Areilza no son los dos tigres del motor del Gobierno, como dice el New York

Times; yo más bien los compara-

ría a la misteriosa leona de la Casa de Campo, lo que pasa es que saben idiomas. Aquí ha habido una confusión y al New York Times le ha sucedido lo que a nosotros. En el primer momento todo daba a entender que Fraga y Areilza eran los amos del cotarro. Claro, como son tan dinámicos, como no pueden estar quietos, como hablan tanto, como viajan mucho, como desayunan aquí, almuerzan allá, cenan acullá, peroran, se entrevistan, dan conferencias, sueltan discursos, los americanos del New York Times pensaron: tate, estos dos son los que mandan, estos dos son la gasolina atigrada del motor español. Sí, sí, gasolina. En todo caso, serán dos seiscientos trucados, con doble tubo de escape programados para armar mucho ruido sin pasar de los setenta. Fraga y Areilza no van a saltar ninguna cerca, no van a estrellarse contra ninguna empalizada. Alguien en la trastienda política les ha medido la cuerda y les ha asignado su cometido: lo suyo es el flatus voci democrático, inundar el país de palabras bien sonantes y agradecidas. Lo que se llama la bla-blacracia. ■ V.

